

La utopía, sujeto y objeto del filosofar hispanoamericano

Fernando Aínsa

Cuando en una charla dirigida a los estudiantes de la Universidad de La Plata, Pedro Henríquez Ureña habló por primera vez en 1922 de «la utopía de América», nadie podía prever que su encendido mensaje a favor de dar «el alfabeto a todos los hombres», «instrumentos mejores para trabajar el bien de todos» y ese generoso esfuerzo para «acercarse a la justicia social y a la libertad verdadera», que resumía en la consigna «avancemos, en fin, hacia nuestra utopía», se convertiría con los años en preocupación esencial del pensamiento hispanoamericano. La relectura de la historia en la perspectiva de una función utópica que operaba como motor de cambios y de esperanzas, pasaba a ser objeto y sujeto de estudios tanto ontológicos como historiográficos. El pasado y el futuro de América Latina aparecían irremediabilmente ligados a esa «marcha sin fin de las utopías», sobre la que escribiría fervorosa y poéticamente en 1953 el poeta brasileño Oswald de Andrade, «marcha» que hoy forma un *corpus* de ensayos e investigaciones del que la filosofía ya no puede prescindir.

La utopía de América

La proclama de Henríquez Ureña partía de un convencimiento: lo autóctono en América no era solamente la raza indígena, sino el carácter peculiar que lo español asumía en el Nuevo Mundo desde los comienzos de la era colonial. «Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen» –precisaba– para enumerarlos: unidad de su historia, unidad de propósito en la vida política y en la intelectual que hacían del continente una entidad, una «magna patria», una agrupación de pueblos «destinados a unirse cada día más y más».

América tenía un doble tesoro en la tradición española y en la indígena, que se traducían sobre todo en las expresiones artísticas, literarias, plásticas y musicales. Una originalidad amalgamada por una fe inquebrantable en el destino americano, en el porvenir de la civilización y en esa capacidad para

conciliar en la utopía al hombre universal con el nacionalismo de «júcaras y poemas», le dieron a su proyecto un contenido más cultural que político. La universalidad no debía suponer el «descastamiento», ya que en el mundo de la utopía no deberían desaparecer las diferencias que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones; diferencias que en vez de significar división y discordancia, deberían combinarse como matices diversos de la unidad humana. Ello suponía un difícil equilibrio para mantener la unidad de una armonía en las múltiples voces de los pueblos americanos, lejos de «la uniformidad, ideal de imperialismos estériles».

Henríquez Ureña retomaba y condensaba ideales históricos de Bolívar, Rodó y Vasconcelos –unidad política, magna patria, «raza cósmica»– para proyectarlos como programa utópico. «La utopía debe ser nuestra flecha de anhelo», sostiene nuevamente en un breve ensayo de 1925, *Patria de la justicia*, que se publicó con la conferencia de La Plata en un folleto titulado *La utopía de América*, título que se utilizaría a partir de entonces para varias ediciones de sus obras y como complemento de su búsqueda de «la expresión americana». En ese ensayo se hacía la pregunta fundamental: «Si en América no han de fructificar las utopías, ¿dónde encontrarán asilo?»

Las bases de un auténtico y novedoso enfoque de la historia de Hispanoamérica estaban lanzadas. La utopía pasaba a ser parte constitutiva de la filosofía americana, componente desiderativo de un *deber ser* al que se aspiraba –las bases de unidad y de justicia sobre las que debía edificarse el futuro– y elemento fundamental para diferenciarse de una Europa de la cual América no podía ser mero epígono. Un *deber ser* americano que, por la intensidad del pensamiento que lo impulsaba, era parte del propio *ser*, esa identidad hispanoamericana que al buscarse no hacía más que irse definiendo. Henríquez Ureña era consciente de que la tarea sería ímproba y el esfuerzo no podría limitarse a unos pocos pensadores, sino que debía ser colectivo y prolongado a través de varias generaciones. Lo esencial era empezar a «trabajar con fe y con esperanza todos los días». Su mensaje no caería en el vacío.

El mérito fundacional de Pedro Henríquez Ureña es indudable. Como ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot, aunque el ensayista dominicano no se planteara un laborioso proyecto totalizador al modo del esbozado por Ernst Bloch en *El espíritu de la utopía* (1918), la utopía transformaba su perspectiva americana en «una categoría antropológica e histórica» fundada en la capacidad crítica y racional del ser humano. Esta inquietud de perfeccionamiento que nace con la filosofía griega, encuentra su determinación histórica y antropológica en América, donde la utopía pasa a ser una forma

dialéctica del pensar. Se pudo hablar así de «nuestra utopía», prolongando el ideal martiano de «nuestra América» en un doble sentido: la realización de la utopía es «nuestra realización humana e histórica, y porque América misma, es, históricamente Utopía».

No hay tal lugar...

La idea de América como utopía, fue retomada por Alfonso Reyes en dos obras –*Última Tule* (1941) y *No hay tal lugar...*(1960)– que brindaron un marco conceptual e histórico a lo que había sido la intuición de Henríquez Ureña, En esas recopilaciones de artículos y ensayos escritos a partir de 1920, Reyes inaugura los sugerentes «senderos de la utopía» que se recorren hasta hoy en día.

En *Última Tule*, Reyes parte del «presagio de América» que puede rastrearse en los textos de la Antigüedad y del que el anuncio del coro de *Medea* en la tragedia de Séneca es su texto emblemático. La prefiguración del Nuevo Mundo en los míticos «islarios» medievales, la supervivencia de la Atlántida en el imaginario popular, los vagos ecos de las expediciones vikingas de Erik el Rojo y las imágenes del *Imago Mundi* con el que Colón planifica su viaje hacia el Oeste, cargan de «misticismo geográfico» la empresa del descubrimiento de América, proyectada entre la fábula y la ciencia de cartógrafos y humanistas.

América es, pues, para Reyes una «región deseada antes de ser encontrada», porque «solicitada ya por todos los rumbos comienza antes de ser un hecho comprobado, a ser un presentimiento a la vez científico y poético». Aunque se pregunte «ya tenemos descubierta a América. ¿qué haremos con América?», Reyes está convencido de que «a partir de ese instante el destino de América –cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia– comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía».

En el destino trascendente que imagina Reyes para América integra sus notas sobre la inteligencia americana, la importancia que tuvo el erasmismo en las visiones alternativas del cristianismo y las experiencias utópicas del obispo Vasco de Quiroga en México. En resumen, si América tiene un «sentido», es gracias a la utopía. Por ello, Reyes consagra su obra *No hay tal lugar...* a historiar el género utópico y sus antecedentes filosóficos clásicos, especialmente *La República* de Platón. Del género utópico rescata

los textos donde, una vez más, la prefiguración es esencial para comprender la función que la utopía ha tenido en una historia, cuya interpretación filosófica está impregnada del «principio esperanza» que la gobierna.

Esta idea, la «rendición del espíritu» europeo que resucita en el Nuevo Mundo al objetivarse en utopía, fue retomada por Juan Larrea en su ensayo «Hacia una definición de América». Allí afirma que «desde el Renacimiento asistimos a la paulatina conversión hacia lo concreto de los sueños abstractos de la Antigüedad y de la Edad Media. América ha desempeñado en esta evolución un oficio cardinal, materializando geográficamente el lugar de la bienaventuranza, es decir, sirviendo de objeto real al sujeto imaginante en un proceso de mutua identificación». Larrea se pregunta, finalmente, si «a la postre el cielo tan apetecido» no será más que «el espejismo determinado en el divino reino de la esfera por una situación antípoda». Una imagen especular y de inversión de realidades que acompañó hasta mediados del siglo XX la historia de las ideas del continente: lo que ya no era posible en el Viejo Mundo podría serlo en el Nuevo, depositario de las esperanzas de la humanidad.

El destino de América identificado con la utopía pasa a ser un *Leitmotiv* del pensamiento que, aupado por la revolución cubana de 1959, busca sus raíces en una historia releída en esa perspectiva. Ezequiel Martínez Estrada en su ensayo «El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba» (1969), vincula la geografía insular de las utopías de Moro, Campanella y Bacon con las de las Antillas. El paralelo le permite identificar la isla de *Utopía* con la descripción que hace Pedro Mártir de Cuba en *Décadas de Orbe Novo*.

Los buscadores de la utopía en la literatura

La visión idealizada de América como continente de mestizaje creador con componentes indio, negro, hispánico y de todas las regiones del mundo, síntesis cultural proyectada como una auténtica ecumene, propició —especialmente en la visión mítica de Rodolfo Kusch y mística de Graciela Maturo— una asimilación de la utopía americana con una suerte de reconstrucción del paraíso perdido. La literatura, más que el ensayo político o histórico, recogería esta visión.

Juan Durán Lucio en *Creación y utopía, letras de Hispanoamérica* (1979) se propuso el primer esfuerzo sistemático de estudio crítico de la literatura basado en la perspectiva de una utopía que oscila entre la nostalgia y la esperanza, y que hace de la derrota de la historia la palanca eficaz